

T. 1.^o

577.



S. VALERIO, O.

SAN VALERIO, OBISPO DE ZARAGOZA.

La antigua, noble y deliciosa ciudad de Zaragoza, fertilísima entre todas las de la provincia Tarraconense, y la mas famosa por los monumentos de piedad que en ella se conservan, fué la patria de san Valerio. Sin embargo de haber tenido esta ciudad la ventura de que los mismos que desolaron otras muchas tuvieron respecto á su grandeza al tiempo de conquistarla, ha sido desafortunada en las pérdidas que ha padecido, pereciendo sus archivos en repetidos incendios. Por esta causa son muy escasas las noticias que han llegado á nuestros tiempos de los héroes de la religion cristiana, en que fué gloriosa y fecunda sobre las demás ciudades de España en los primitivos siglos de la Iglesia. Ignórase absolutamente toda la serie de sus prelados hasta san Valerio, siendo este el primer obispo de quien con seguridad se puede hablar, aunque con el dolor de sernos desconocidas las particularidades de su preciosa vida, hasta que, junto con san Vicente, fué preso en tiempo de la persecucion de Diocleciano y Maximiano. No obstante, de las actas de este invicto mártir de Jesucristo, de lo que escribió el famoso cesaragustano Prudencio, y de otras memorias auténticas, se deduce con seguridad lo siguiente.

Antes de la mitad del siglo tercero enriqueció Dios á la Iglesia con el nacimiento de san Valerio, en quien la preparaba un ministro digno, cual requiere la acertada y fiel dispensacion de la sangre del Crucificado. Se ignoran los nombres de sus padres; pero se sabe por Prudencio que eran nobilísimos, de la casa ilustre y consular de los Valerios, una de las familias mas

esclarecidas que tenia entonces Zaragoza, y de la cual habian salido, antes de nuestro santo, varones muy ejemplares, y de la mas alta dignidad en la Iglesia. No ha faltado quien le hiciese griego de nacion, diciendo que san Sixto II le trajo á España cuando vino al concilio de Toledo, y que al pasar por Zaragoza, viéndola sin obispo, dejó á san Valerio en su silla; pero los manifiestos errores que contienen estas palabras, hacen la noticia tan apócrifa como verdadera la contraria. Crióse el santo con una educacion correspondiente á su esclarecido nacimiento, y en la piedad que se derivaba de sus antepasados. Estudió letras sagradas y profanas, en que se aventajó sobremanera, mayormente adornando su espíritu con la sumision y con la desconfianza de las propias luces, sin cuyo requisito las mas veces degenera la humana sabiduría en aquel género de ciencia altiva que condena san Pablo. Veía toda Zaragoza no solamente los crecidos provechos que habia sacado de sus estudios, sino, lo que es mas digno de llevar la atencion, que Valerio, en medio de una edad floreciente y por lo comun peligrosa, en medió de las proporciones que le ofrecía la nobleza de su familia para las diversiones y aun disoluciones de la juventud, se conservaba inocente, y con un método de vida que servia á un mismo tiempo á la santificacion y al aprovechamiento de los demás.

A proporcion que se le aumentaban los años, iban tambien creciendo en él los merecimientos; de modo que llegaron á ser conocidos de todos, y á ser premiados de cuantos los conocian. Antes de que la ambicion clavase su ferino diente en lo sagrado, era la justicia quien repartía las dignidades y los oficios, y el mas poderoso medio para obtenerlos era la aptitud para ellos y la virtud sólida con que se hubiesen merecido. Por estos escalones subió san Valerio á la cumbre del

obispado; y aunque ignoramos sus hechos mientras vivió en los grados inferiores, se puede discurrir cómo serviría á la Iglesia y al pueblo el que por aclamacion de todos fué puesto en la silla episcopal en un tiempo de turbacion en que el pastor y el rebaño eran perseguidos por los enemigos de Jesucristo. Fué su consagracion cerca de los años del Señor de 290, con tanto sentimiento suyo, como gusto y complacencia del clero, que en él se prometía un obispo perfecto.

Acreditó la verdad que no habia sido errado su dictámen, ni mal apoyadas sus esperanzas, porque, sentado Valerio en la silla episcopal, comenzó á derramar luces de divina sabiduría, y á esparcir por todas partes los efectos de su celestial beneficencia. Era misericordioso y caritativo con los pobres: el huérfano, el pupilo, la viuda desamparada, tenían en su obispo padre, tutor, esposo y todo su amparo. Cuidaba de lo temporal como si no tuviera otro empleo, y al mismo tiempo eran las almas de sus súbditos las que le costaban mayor cuidado. Para este efecto las proporcionaba dignos ministros que las dirigiesen, enseñasen y confirmasen en la sana doctrina, con un celo fervoroso y encendido que le abrasaba el corazón, con una integridad que despreciaba todos los respetos humanos, y con una caridad que nada temía mas que desagradar á Jesucristo. Era Valerio el complemento de las esperanzas de su pueblo, y tal, que no pudieran haber deseado un obispo tan cabal y perfecto, excediendo el conjunto de sus prendas y virtudes á las miras y deseos que al tiempo de elegirle se habian prefijado.

Como conocia que uno de los principales medios, ó acaso el único, para promover, conservar y afirmar el verdadero espíritu del Evangelio, pende de la buena eleccion de obreros y ministros que le cultiven, tuvo siempre gran cuidado de examinar la vocacion de los

que se dedicaban al santuario; y antes de dedicarlos para siempre á tan santo ministerio, estaba bien seguro de que su conducta habia de ser de edificacion y ejemplo á los fieles. Estos, de cualquier grado, dignidad, oficio y estado que sean, tienen las mismas obligaciones y las mismas leyes que los eclesiásticos, porque todos profesan una misma religion, que es la de Jesucristo; pero los que sirven al altar, por la alteza de su ministerio deben aspirar á mayor perfeccion, y servir de ejemplo y regla por donde los demás conduzcan sus acciones; pero si por desgracia no llenan su ministerio, y en vez de servir de edificacion sirven de escándalo, faltarán á su obligacion, haciéndose reos de la sangre de Jesucristo; pero nunca podrán servir de excusa á las trasgresiones de los pueblos. La fatal preocupacion que sobré este punto ha reinado siempre en las gentes del siglo, hacia mas vigilante á san Valerio, y sola la eleccion de san Vicente que ha llegado á nuestra noticia, puede servir de testimonio de su cuidado é integridad.

Este santo mártir, celebrado por su fortaleza y por las terribles circunstancias de su martirio en toda al Iglesia desde sus primeros siglos, es el dichoso fruto por donde podemos venir en conocimiento del árbol precioso que le produjo. Engendróle en el espíritu san Valerio, enseñándole las ciencias sagradas y el santo temor de Dios, con que le iba disponiendo y labrando cual piedra preciosa que habia de servir de ornamento á la celestial Jerusalem. Viéndole tan aprovechado y digno de servir á la santa Iglesia en el mas alto ministerio, le ordenó de diácono, y le constituyó, segun la disciplina antigua, por su cooperador y compañero en los santos ejercicios, en que siempre á los obispos acompañaban uno ó mas diáconos. Además de esto, le encargó uno de los oficios privativos suyos, que era la dispensacion de la divina palabra.

Era san Valerio sumamente anciano, y con los años, trabajos, penitencias y desvelos continuos en el cumplimiento de su cargo, se le habia aumentado cierto impedimento para hablar que tenia en la lengua, al paso que habia crecido el deseo de que sus ovejas recibiesen en mayor copia el pasto de la divina palabra. Como san Vicente era capaz de desempeñar á satisfaccion el ministerio, y le empeñaba á emplearse en él con todas sus fuerzas el celo de su obispo, resultó un fruto copioso á proporcion de la caridad y vigilancia pastoral de quien le promovia. Jamás se vió tan floreciente Zaragoza; jamás fueron sus costumbres tan arregladas al Evangelio; jamás se vió este observado con mas pureza, ni respetadas con mayor sumision las leyes y disciplina eclesiástica. Pudo en este tiempo feliz preciarse Zaragoza de que su distrito, comprendido en él todo el obispado, era el teatro donde se veia en todo su esplendor, majestad y pureza la religion de Jesucristo; donde mas alumnos crió el espíritu de mortificacion y desprecio del mundo, y donde se produjeron mayores testigos que con su sangre manifestaron la verdad del Evangelio.

El cuidado de sus ovejas no disminuia un punto el resto de sus obligaciones. Todos los obispos debian atender á que estaban sentados en la silla del imperio Diocleciano y Maximiano, y que, aunque el fuego de la persecucion solia amortiguarse, tenia sobrado cebo en los infernales pechos de los emperadores, para arder despues con mas vigor y voracidad. Debian por tanto conferenciar entre sí los obispos, y asegurar los medios mas conducentes para sostener al pueblo en la firmeza de la fe que habia profesado, sin que bastasen tormentos ni promesas para contrastarla. A este fin se juntó un concilio, que fué el primero de España, en la ciudad de Eliberi, hoy Granada, á que asistió san Valerio, y firmó en sexto lugar, precediendo en mu-

cho tiempo al famoso obispo de Córdoba Osio, que firmó en el undécimo. En él se entablaron cánones muy oportunos para confundir y poner en odio á la idolatría, y robustecer y dar ánimo á los que habian recibido el bautismo.

Contento san Valerio con el auxilio que se le acababa de proporcionar para la mayor santificacion de sus ovejas, se volvió á Zaragoza á continuar los desvelos de su cargo pastoral. Ejercitábase en ellos con su diácono Vicente, exhortando á los remisos, aterrando á los soberbios, fortaleciendo á los flacos y haciéndose todo para todos, á fin de ganarlos á todos para el Señor. Con singularidad procuraba inspirar en sus corazones la virtud de la fortaleza, proponiendo el precio de la fe y las coronas inmarcesibles que tiene Dios ofrecidas á los que delante de los hombres le confiesan. No duró mucho la tranquilidad; y se vió muy en breve cuán oportunamente preparaba á sus fieles para la batalla que el enemigo comun les presentaba.

Llegó en este tiempo á Zaragoza el presidente Daciano, á quien en el año anterior de 303 habian enviado á España Diocleciano y Maximiano por ministro de sus crueldades, y ejecutor de la horrible y sangrienta persecucion que habian movido contra el nombre de Cristo. Informado de que el obispo Valerio y su diácono Vicente eran las cabezas y caudillos que sostenian la religion del Crucificado, predicando incessantemente la verdadera doctrina del Evangelio contra la supersticiosa y vana adoracion de los ídolos, pensó con astucia infernal que, destruido el principio, podria mas fácilmente derribar y deshacer cuanto por él se sostenia. Mandó inmediatamente que prendiesen á los dos santos y los trajesen para ser juzgados á su presencia. No eran tan vivos los deseos que tenia el tirano de derramar su sangre, como los que encendian los dos fervorosos corazones de ver-

terla valerosamente por la confesion de Jesucristo. Apenas hubieron entendido el decreto, cuando ellos mismos con la mayor presteza determinaron ponerle en ejecucion, alentados de la fe, y gozosos con la dulce esperanza de la victoria que ya veian cercana. La misma consideracion de los duros tormentos que se prometian padecer, los alentaba y comunicaba mayor espíritu para acelerar sus pasos á la casa del presidente, en donde debian ser juzgados.

Puestos en la presencia de Daciano, confesaron con voz intrépida y libre que adoraban á Jesucristo, á quien reconocian por verdadero Dios, y abominaron los torpes ídolos que la ciega gentilidad adoraba. Bien quisiera el cruel ministro castigar allí mismo aquella cristiana libertad que en su interior calificaba de temeraria osadía; pero creyendo que con aflicciones y malos tratamientos podria quebrantar sus ánimos y resoluciones, mandó que los cargasen de hierro y los llevasen á Valencia. No contento con esto, encargó que los maltratasen en el camino, escaseándoles el sustento necesario para la vida, y que los pusiesen bien asegurados en el calabozo mas hediondo, incómodo y oscuro que en las cárceles hubiese. Los soldados del presidente ejecutaron su orden; y cargando á los santos de pesadas cadenas de hierro, los llevaron con la mayor inhumanidad, añadiendo á la vejez y debilidad de san Valerio, y al cansancio y tormentos de las prisiones, los denuestos y mortificaciones que su furia les dictaba. A los tormentos del camino se signieron los de la cárcel, en donde estuvieron mucho tiempo cargados de prisiones, y con la misma escasez de comida que el presidente habia determinado.

Restituido este de Zaragoza á Valencia, creyó que enflaquecidos y extenuados los cuerpos de los santos varones, habrian tambien descaecido las fuerzas de su espíritu. Pensaba por tanto hallarlos mas blandos y

accesibles para las propuestas de paz que habia de hacerles, y contaba ya con un ejemplo famoso de abjuracion del nombre cristiano, capaz de conmover y trastornar á los mas fuertes, y de proporcionarle una conquista que haria el nombre de Daciano glorioso en el gentilismo. No queria además que muriesen oscuramente entre los tormentos, hambre y hediondez del calabozo, sin que pudiesen ser á los demás fieles un escarmiento horroroso; pues en tal caso, decia el inhumano juez, ni con los muertos tendria piedad, y hubiera atormentado ó escarnecido á los cadáveres para infundir terror á los vivos. Manda pues que saquen á Valerio y á Vicente de la cárcel y los traigan á su presencia; lo que al punto fué ejecutado.

Esperaba el juez injusto ver del ante de sí dos hombres pálidos, extenuados, consumidos; ver sus ojos amortiguados, sus alientos abatidos, y con todas las señales que anuncian una cercana muerte; pero se quedó suspenso y helado cuando contra su esperanza vió que estaban mas lucidos, fuertes y vigorosos que cuando en Zaragoza los habia visto. No alcanzaba que pudiese haber sido efecto milagroso y gracia sobrenatural de aquel Dios igualmente omnipotente y benéfico que adoran los cristianos; y vuelto á sus ministros, ciego de cólera y furor, les dijo: *¿Cómo habeis tenido osadía para regalar á estos reos con abundante comida y bebida, contra lo que yo he mandado?* Luego, se aquietó algun tanto, para que la furiosa cólera que agitaba su corazon no desautorizase á sus palabras, y con tono mas templado y persuasivo, dijo á san Valerio: «¿Qué es lo que haces, Valerio? ¿En qué piensas? ¿Juzgas que es suficiente pretexto para desobedecer á los principes el apoyo de la vana religion de que te precias? ¿Ignoras que los que niegan la obediencia á sus decretos tienen en gran peligro sus

» vidas? Los señores y emperadores del mundo tienen mandado que sacrifiqueis á los dioses, sin que pretendais profanar un culto antiguo y venerable por su dignidad, con las leyes de una religion falsa y desconocida. Vuelve en tí: reflexiona mis amonestaciones, y ofrece á los dioses incienso, para que, viendo los demás que su obispo abraza este partido, sigan con mas facilidad la religion que te propongo. Y tú, Vicente, acuérdate que eres noble, y de que estás en medio de las mas lisonjeras proporciones por tu juventud florida y por la alteza de tu linaje. Uno y otro son motivos poderosos que te deben persuadir á dar asenso á mis palabras. Finalmente, resolvéos: declarad únanimemente vuestro último dictámen, para que, segun él sea, recibais ó premios y galardones, ó tormentos crueles y los últimos suplicios.»

Oido el astuto y capcioso razonamiento del inicuo Daciano, respondió el santo obispo que estaban prontos y preparados á derramar con gusto su sangre en defensa y testimonio de la santa religion que profesaban; que abominaban de todo su corazon los dioses de los gentiles, y que los decretos de los emperadores no se debian obedecer cuando expresamente eran contrarios á lo que manda Jesucristo. Como san Valerio daba esta respuesta con algun trabajo por el impedimento de su lengua, y el juez instaba con nuevas réplicas y reconvenciones, pidió san Vicente licencia á su obispo para hablar y dar satisfaccion á Daciano. Concedióse la licencia, diciendo: *Tiempo ha, hijo mio muy amado, que con suma satisfaccion y consuelo de mi alma te encargué el santo ministerio de la divina palabra, para que instruyeras á los fieles: de la misma manera te encargo ahora que respondas en defensa de la fe, por cuya causa nos hallamos en este tribunal.* Luego que san Vicente hubo obtenido esta li-

cencia, habló al juez con tanta libertad y constancia, con tal desprecio de los dioses y de los tormentos, que, encendido en rabiosa cólera Daciano, dirigió sus miras á hacer en Vicente un ejemplar escarmiento: y lleno de enojo, dijo: *Quitad de mi presencia á este obispo, y sea al punto desterrado por haber despreciado los imperiales edictos.*

No fué piedad lo que movió al juez á dejar con vida á san Valerio, sino el deseo de que fuese su tormento mayor, siendo mas duradero y prologado. Le veía en los años mas trabajosos de una vejez achacosa y hecha mas pesada con los ayunos, penitencias, vigiliias y atencion continua á los oficios de su cargo; y pensó que esto mismo, junto con el destierro, le seria una pena continua, que estaria sirviendo de escarmiento á los que quisiesen seguir sus pasos. Púsose en ejecucion la sentencia; y al separarse los dos santos, uno para ser llevado al ecúleo y el otro al destierro, fueron tantas las lágrimas de san Valerio, que conocieron los crueles ministros cuánto envidiaba la suerte de Vicente. La caridad hacia hervir su helada sangre en fervientes deseos de derramarla por Jesucristo; pero la Providencia tenia diferentes miras, y san Valerio hubo de conformarse con sus consejos inescrutables. Saludáronse amorosísimamente los dos invencibles soldados de Jesucristo: dijéronse palabras de grande edificacion y ternura; y confortándose mutuamente en sus trabajosos destinos, se dijeron el último adios, despidiéndose en este mundo hasta la patria celestial.

San Valerio fué llevado á cumplir su destierro á un lugarcillo infeliz, llamado Enet, distante una legua de Barbastro en la ribera del rio Cinca, con la mira de que su espíritu estuviese mas atormentado oyendo las crueldades que en su rebaño hacian los ministros de Satanás, y viéndose imposibilitado de suministrarles

el pasto de la celestial doctrina; pero el santo convertia en su propia santificacion todo el cuidado que no podia emplear en el provecho de sus ovejas. Ejercitábase en ayunos, penitencias, leccion de los libros sagrados y meditacion continua de las divinas grandezas. En estos santos ejercicios pasaba su preciosa vida, esperando por instantes que el Señor le librase de los lazos de la mortalidad para ir á gozar de sus eternas recompensas. Llegó á su noticia el triunfo que su arceidiano Vicente habia alcanzado en Valencia, muriendo en la confesion de la fe entre tormentos horribles, que sufrió no solo con admirable constancia, sino con gozo y alegría: pedia á Dios que fuese servido de darle facultades para edificar una iglesia en honor del santo mártir, y oyendo tan justas súplicas, le concedió este consuelo. No hay fuerza, no hay consejo contra la fuerza y consejos del Altísimo. En medio de las calamidades de un destierro y de estar el santo obispo destituido de todos los socorros humanos, hubo piedad y valor en los fieles para proporcionar al santo prelado los caudales que para una obra costosa y ruidosa al mismo tiempo eran esenciales y necesarios. Con este consuelo se avivaron mas los deseos que tenia de ver coronado en la gloria á quien habia construido un monumento de eterna veneracion en la tierra. Sintió que estaba muy cercano el cumplimiento de sus esperanzas; y habiéndose preparado con todo el fervor de su ardentísima caridad, dejó al mundo para vivir eternamente, gozando el premio de sus trabajos y heróicas virtudes en el cielo.

Sucedió su dichosa muerte en el año del Señor de 315, habiendo vivido en el destierro con invicta paciencia once años. Su cuerpo fué sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde se mantuvo con gran veneracion, obrando Dios continuamente por la intercesion de su siervo muchos por-

tentos y maravillas, con los que sencilla y devotamente imploraban su patrocinio. En la venida de los Sarracenos pereció con la destruccion del castillo de Estrada la memoria de las preciosas reliquias, hasta que el año de 1050, se dignó Dios revelar el lugar donde reposaban al devoto Arnulfo, obispo de Roda, el que trasladó el cuerpo del santo á su silla, colocándole en la iglesia de san Vicente. Poco despues de la conquista de Zaragoza, sucedida en diciembre de 1118, obtuvo su obispo y cabildo, á fuerza de ruegos y lágrimas, del obispo de Ribagorza Raymundo, que habia venido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su santo prelado. Hízose la traslacion con tanta pompa y aparato, y manifestó el pueblo tan extraña alegría, que salian todos sin distincion de clases, edades ni sexos al camino dando saltos de contento, y haciendo otras demostraciones que llenaron de sorpresa á los mahometanos, no pudiendo ver sin risa que se hiciesen tales fiestas por un hueso de hombre muerto.

Dios, que tiene gran cuidado de honrar á sus siervos, y de manifestar á los infieles con prodigios las verdades de la religion cristiana, quiso cumplir uno y otro, haciendo que á la presencia de la santa reliquia saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno á quien atormentaba con horribles dolores y contorsiones que ponian espanto á cuantos le veian. En el año de 1170, vino el rey Don Alonso II á celebrar la fiesta del nacimiento de Cristo á la iglesia de san Vicente de Roda, y suplicó á su obispo Don Guiller Perez, y al capítulo, le hiciesen merced de darle la cabeza de san Valerio. Condescendieron gustosos con la devocion del principe, quien entregándola al obispo de Zaragoza, hizo que se trasladase á esta ciudad, donde se venera con suma devocion en la iglesia de la Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna

reliquia de este santo prelado, especialmente Castellnou, lugar perteneciente al ducado de Hija, al cual manifestó una particular proteccion cuando vivo, y mucho mas despues que reina con Dios en los cielos. Los prodigios que han visto sus devotos, y las mercedes señaladas que por su intercesion han recibido de la divina mano, dificultosamente pueden reducirse á número determinado: y solos los preciosos dones con que la casa del exceientísimo señor duque de Hija ha manifestado su agradecimiento por los favores que ha recibido de este santo, son una prueba de la largueza con que socorre á sus devotos, y del alto grado de gloria con que Dios ha coronado sus merecimientos.

SAN CIRILO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

El Señor que tiene cuidado de proveer á su Iglesia de acérrimos defensores para conservar pura y sin mancha la sagrada doctrina, suscitó á san Cirilo para defender el misterio de la encarnacion, en un tiempo en que la herejía se habia desencadenado para aniquilarle. Por esta razon le llamaron *el doctor del dogma de la Encarnacion*, como san Agustin es llamado *el doctor de la Gracia*. Instruido desde la infancia en el estudio de los sagrados libros, á la vista del patriarca Teófilo, tío suyo, juntó en seguida el de la tradicion; aficionándose de tal suerte á la doctrina de los antiguos Padres, que, segun él mismo lo confiesa, no enseñaba nada que no fuese tomado de ellos. Sus libros contra Juliano hacen ver que reunia tambien un grande conocimiento de los autores profanos.

Habiendo muerto Teófilo en 412, hubo grandes altercados para la eleccion de sucesor; pero al fin prevaleció el partido de nuestro santo, y fué entronizado